

El carruaje del obispo llegó antes de lo esperado, y Yusuf I, el sultán granadino, se preparaba para recibir al padre Ruiz. Sus sirvientes le habían lavado su mejor túnica para la ocasión.

Muhammad, su sirviente personal, terminaba de colocarle las mangas de la túnica cuando el mensajero real irrumpió en la sala.

- ¡Excelencia! Requiere su presencia el obispo Gutierre Ruiz - dijo casi sin aliento.

- ¡Oh! - se sorprendió el sultán - No lo esperaba hasta el almuerzo. ¿A qué se debe tanta prisa? - preguntó con curiosidad.

- No lo sé, Excelencia. El obispo no entró en detalle.

Así que Yusuf salió a su encuentro, atravesando las verdes jardines del palacio. Solo había visto al obispo una vez, y no era más que una charla informal, no una reunión diplomática.

El sultán Yusuf había convocado al obispo para hablar sobre la alianza en aquellos difíciles tiempos. Al encontrarse con él, le dedicó una sonrisa breve y amarga.

- Padre, no lo esperaba hasta el almuerzo.

- Verás, Yusuf, la muerte de tu hermano ha supuesto la oposición de los cristianos, y además han dejado de llegar tropas nuestras. La alianza se rompe, hijo mío - dijo el obispo.

- El problema es que los aljibes que llevan agua desde el río Genil están prácticamente secos. No aguantaremos mucho más en esta situación - respondió el sultán Yusuf -. Si me dejas tres semanas de plazo, encontraré una solución.

al problema y podría seguir proporcionándole ayuda - prosiguió.

- De acuerdo, joven sultán, me has convencido. Tres semanas. Veintidós días. Ni uno más, ni uno menos. Se nos agota el tiempo - aceptó el obispo.

El obispo se marchó después del almuerzo de vuelta a Córdoba (aunque no sin antes ser perfectamente provisionado).

Tras esto, el sultán volvió a sus aposentos a reflexionar. Varios expertos poceros del reino Nazarí acudieron a la fortaleza a buscar nuevas fuentes de agua.

La primera búsqueda no tuvo éxito, ni la segunda, ni la tercera. El sultán perdió las nervias y se desesperó.

Pero, tras buscar en la parte traseña de la fortaleza, dieron en el blanco. No era una simple acequia, sino un verdadero río que, además de ser gigante, pasaba por los alrededores del palacio.

El obispo recibió la noticia y marchó de nuevo hacia allí en cuanto pudo. Las tropas granadinas llegaron a Córdoba y hubo una tregua que duró más de un siglo y medio. Y, en cuanto al río, se llamó "Darro".

La madre apagó la luz de sobremesa y cerró el grueso libro. A través de la ventana podían oír el agua del Darro fluyendo armoniosamente y vieron cómo encendíanse las luces de la Alhambra y ese palacio que había sido ocupado alguna vez por un sultán de origen musulmán. Anochecía.